

palabras enigmáticas : « Ha llegado la hora : el libro de lo porvenir está abierto. »

El rey se levantó de un salto.

— ¡ Ah! ¿ Estás seguro de que ha dicho eso, que la hora ha llegado?

Su cara, por lo general sonrosada, cubrióse de mortal palidez, muy parecida á la que caracterizaba el rostro de su madre.

Atravesó con paso agitado el salón, y volviéndose hacia sus compañeros de placer, les dijo :

— Excusadme, señores, si os despido, pero un asunto urgente... Os deseo muy buena noche. Hasta mañana.

La audiencia había terminado.

Todos los miñones se apresuraron á abandonar los trajes de la mascarada, inclináronse luego sobre las manos del rey, y salieron juntos, encantados de escapar al proyectado ensayo.

En el momento en que bajaban las escaleras, de Epernon tocó el brazo de Joyeuse.

— ¿ Has podido oír lo que decía Bervic? — le preguntó.

— No por cierto, — dijo el otro. — Estaba pensando en Mariola...

— ¿ Pero no sabes qué es lo que ha podido decidir al rey á despedirnos?

— ¡ Ah, eso sí!

— ¿ Qué?

El joven vizconde de Aque lanzó una carcajada, y dijo enseguida :

— Pues... la luna.

## VI

## LA DIABÓLICA TRINIDAD

Durante los primeros minutos que siguieron á la precipitada salida de Catalina de Médicis, el mago permaneció inmóvil, tratando de escuchar los ruidos de fuera.

Tranquilo sin duda por no oír rumor alguno, despojóse de nuevo del velo que le cubría, mostrando una vez más el semblante altivo y enérgico que ya conocemos, y que, perteneciendo á Salem-Kebir ó á Abou-Nadarah, se iluminó esta vez con una sonrisa burlona y aun añadiríamos pérfida, si tal expresión no nos pareciese incompatible con el sentimiento que motivara la sonrisa.

— Ganas me han dado de apuñalar á esa víbora; — murmuró con voz cavernosa. — No sé porqué su presencia se me ha hecho aún más intolerable que otras veces; como que hasta me parece que el sufrimiento que le he impuesto, en lugar de servir de refrigerante

bálsamo á mi herida, la envenenaba por el contrario, haciéndola más dolorosa. No sé, no sé lo que me sucede. Ello es que cuanto más avanzo hacia el término de mis afanes más aumenta mi inquietud.

Por las brillantes pupilas del mago pasó como una nube de cansancio.

— Raro es el novador que presencia el triunfo de su idea; — siguió diciendo. — No importa; en lo que me concierne, yo no espero ni quiero recompensa alguna. Francia ante todo. Ella es á quien quiero aliviar del oprobio que la oprime, como quiero que de mi obra se aproveche el hijo de Blanca. En realidad yo no soy más que el rejo que quebranta el suelo invadido por la cizaña. Yo roturo y voy á sembrar. ¿Veré cómo germina el grano? Un secreto presentimiento me dice que no...

Algo así como un sentimiento de altivo desdén se dibujó en la comisura de sus labios, y tras un instante de silencio, continuó monologando.

— Pero por los Santos Evangelios... ó por el Corán, nada se habrá perdido... Otros recogerán lo que yo haya sembrado.

De una caja pequeña, disimulada bajo los pliegues de su manto, sacó dos placas metálicas, ligerísimas a parecer y brillantes, en la pulida superficie de las cuales podía verse ciertos dibujos caprichosamente sombreados.

— La verdad es que para mí fué una suerte viajar por la India; — dijo. — Gracias á eso pude aprender de los faquires el secreto de grabar el cristal cargado

de azogue. ¿Quién ha de decir que con ayuda de estos minúsculos espejos, artísticamente preparados, es posible combinar las apariciones mágicas?

Interrumpiendo por un instante su monólogo, el mago tomó la lámpara llevándola á la cabecera de la otomana y disponiéndola allí de modo que su luz iluminase solo el cuerpo del perrazo, dejando en la penumbra lo que á través de las abiertas quijadas del mismo se veía, en tales términos que apenas resultaba perceptible el ojo abierto del cadáver.

Hecho esto, Abou Nadarah deslizó su mano por la cara del difunto, levantando sus cerrados párpados. Hizose luego atrás, y tomando con el pulgar y el índice uno de los dos espejos de que acabamos de hablar, lo volvió desde lejos hacia la llama de la luz haciendo con él lo que hacen los niños que armados de un reflector se divierten en capturar un rayo de sol para proyectar oblicuamente su reverberación sobre un condiscípulo ó sobre el profesor mismo.

No sin trabajo, y previos algunos ensayos infructuosos, consiguió el brujo que el reflejo de la luz iluminase las pupilas inmóviles, poniendo en ellas una imagen que se desvaneció enseguida, en cuanto el mago hizo desaparecer su acelerador.

Nadarah sonrió entonces.

— Nostradamus había calculado lo mismo que yo voy á probar. No sé si se equivocó ó no en sus cálculos; lo que sé es que conseguiré producir el efecto que me propongo.

Así diciendo despojóse de su caftán con el que se

cubrió de nuevo una vez que lo hubo vuelto del revés. Y como oyera entonces ruido de pasos en la galería, tocóse con un gorro colorado, abrió la puerta, y salió del gabinete.

El capitán de los guardias llegaba del salón regio, comenzando su ronda. Al encontrarse frente al mago cerró los puños retrocediendo tres pasos, mientras mascullaba estas palabras :

— ¡ Otra vez el maldito diablo rojo! Está escrito que lo he encontrar en todas partes.

En realidad su exclamación estaba justificada, pues el misterioso personaje que acababa de actuar sucesivamente de físico de Luis de Villequier y de astrólogo de la reina madre, presentábase ahora con el deslumbrante traje escarlata que acostumbraba usar el mago de Enrique III.

¿ Quiere esto decir, que aquel hombre era asimismo Mammouth el rojo? ¿ Es acaso que Bar Cobral, el musulmán que pasara una noche en la *Caverna de la muerte* en compañía de Bernardo de Arma, y que sin que pueda saberse cómo hallábase al corriente de la historia de Jacobo de Armañac y de la de Jacobo de Villanueva-Marsan, llevaba la audacia hasta el punto de desempeñar en la corte un triple papel verdaderamente aplastante?

Difícil nos sería contestar á esta pregunta por lo que respecta á la última encarnación de las tres de que hablamos. Todo lo que podemos afirmar es que aquel hombre poseía ó parecía poseer el don de ubicuidad; que cambiaba de modo de ser, de forma y de voz casi

á voluntad, y que en él se encarnaban por lo menos dos personajes : Salem Kebir y Abou Nadarah. Por lo que hace á Mammouth el rojo, Bervic conociale bien, y era hombre el capitán no sujeto á alucinaciones. Es pues de creer que Bar Cobral desempeñaba asimismo las funciones de mago rojo.

Admitida esta hipótesis, explicariase naturalmente el misterio de la diabólica trinidad, y resultaría comprensible el extraordinario poder de ese Proteo sin cara que se ramificaba, envolviendo en sus tentáculos á todos los grandes partidos del reino, y captando sus secretos en provecho propio aunque aparentase no trabajar sino por el interés de sus comitentes.

El capitán de Bervic habría pasado de largo, sin dirigir la palabra al mago ; pero éste se adelantó hacia él preguntándole :

— ¿ Qué hace Enrique?

— ¿ Enrique? — repitió el capitán admirado. —

¿ Qué Enrique es ése?

— Tu amo.

El soldado sonrió, por más de que sus orejas se colorearon un tanto.

— ¿ Cómo te atreves, perro judío, — dijo — á hablar de ese modo?

Pero el mago continuó implacable.

— Déjate de frases y contesta.

Subyugado, aunque colérico, el capitán declaró encojiéndose de hombros :

— El rey hace lo que quiere ; para eso es el rey.

— Deducción muy justa. ¿ Se divierte?

— Tal vez.

— ¿Está en el Luvre?

— ¿Por qué interrogarme, puesto que lo sabéis todo?

— Para ponerte á prueba rumí. Si me hubieras mentido al contestar te habría interrumpido para probártelo... El rey está nervioso esta noche y se esfuerza por distraerse sin conseguirlo... ¿Te parece á ti que podrá abstraerse á sus fútiles ocupaciones para venir aquí á reunirse conmigo?

La sorpresa de Bervic subía de punto.

— No, no lo creo; — dijo.

— Estúpida incredulidad la tuya; — aseguró el mago.

— Bastaría con que yo lo quisiera, para que dejándolo todo acudiese enseguida.

— ¿Quién? ¿El rey? Mucho me holgara de ver semejante cosa.

— Pues quedarás satisfecho. Tú mismo intervendrás en el experimento. Vuelve á donde está tu amo, y dile...

Bervic retrocedió, haciendo signos negativos.

— La cosa pasa de la raya; — dijo. — Yo no estoy á vuestras órdenes, señor infiel.

— Lo estás desde el momento en que lo exijo.

Así diciendo, el mago habíase adelantado hacia el oficial, aplastándole con su mirada fascinadora, que brillaba, relampagueante, bajo el rojo velo; luego, dando á sus palabras gran sonoridad, añadió:

— Ve a donde está el rey, y sin cambiar una sola sílaba, le repetirás esto:

El capitán hizo ademán de retirarse.

— De ninguna manera... — dijo.

Pero el otro aprisionó en su ancha mano cobriza la muñeca del militar, y lo detuvo con vigor increíble.

— Que quieras ó no, lacayo disfrazado de guerrero, es cosa que me importa poco; — exclamó tranquilo. — Mi voluntad destruye la tuya, y entre mis manos tú no eres más que un juguete. Vas pues á repetir al rey lo que te diré; y cuida de grabar mis palabras en tu obtuso cerebro de guerrero de antesala. Dirás de este modo, sin omitir una sílaba: « Señor, vengo á decirlo de parte del señor Mammouth: « la hora ha llegado; el libro misterioso de lo porvenir está abierto. »

Pronunciadas estas palabras, los dedos del mago rojo se aflojaron, soltando el puño del capitán.

— Ya puedes ir á cumplir tu comisión.

Dominado en absoluto, creyéndose víctima de una pesadilla, medio ahogado por la rabia que producíale verse obligado á obedecer á aquel hereje á quien odiaba, el capitán de Bervic se encaminó de nuevo con paso vacilante hacia la regia estancia.

— ¡Bondad divina! — pensaba. — El rey va á creerme loco. Sin embargo, cumpliré mi misión y si se enfada... pues le diré la infernal dominación de que soy víctima, y tal vez entonces se decidirá á enviar á ese herejote ante un tribunal eclesiástico que se encargará de prepararle la hoguera que merece.

Ya sabemos que ni se confirmó el temor del capitán, ni se realizaron tampoco sus esperanzas. Hemos dicho cómo se emocionó Enrique III al escuchar las enigmá-

ticas palabras del mensaje y cómo suspendiendo el ensayo ó probatura de los trajes de bailarina confeccionados para sus muñones, despidió á éstos bruscamente.

Encontramos de nuevo al último de los Valois, pálido y tembloroso por efecto del supersticioso terror que le dominaba, sentado ante el cadáver del perro, en el gabinetito contiguo al despacho del canciller.

Cinco minutos llevaba ya allí, sin que hubiese pronunciado la menor palabra. Era costumbre en Enrique la de hacerse pasar por hombre enérgico y para ello aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían; sin embargo, en aquellos momentos no pensaba en hacer el bravo, y su garganta secábase en presencia de la enorme carroña en cuyo seno se ocultaba un cuerpo humano.

En pie cerca de él, inmóvil, Mammouth el rojo lo observaba con mudo desprecio, y parecía respetar su silencio.

— Rey, — dijo al fin, para poner término á la violenta situación, — antes de invocar al espíritu que habita ese cadáver para obtener de él el conocimiento de los secretos que ningún ser viviente puede penetrar, permitid que os entere de esto : los servidores del Profeta no pueden morir sino cuando Allah lo permite.

Enrique exclamó indignado :

— Entérate tú a tu vez, miserable pagano, de que no he de tolerarte que nombres tus ídolos en mi presencia. Y ahora, dime : ¿ de qué servidores hablas?

— Me refería, poderoso señor, á Salem-Kebir y á Abou-Nadarah.

— Tranquilízate : éstos no han de estorbarnos. A estas horas habitan con seguridad el infierno.

— Están, por el contrario, vivos, señor.

— ¿ Vivos? Como hay Dios que lo sentiría. Pero entonces, es que han podido escapar del fuego...

— La salamandra y el ave fénix están como en su elemento entre las llamas.

Enrique III hizo un ademán de sorpresa.

— La salamandra, — dijo, — no te diré que no; pero eso del ave fénix... Vamos á ver, ¿ cuál de los dos es el que, en tu concepto, representa al pájaro de la fábula?

— Ni el uno ni el otro, señor.

— Pues ya ves.

— Pero con ambos había un tercer personaje, y ése es el que me parece de la raza del ave fénix.

— ¡ Ah, sí! ¡ El entuertador! — exclamó el rey. — Te referes sin duda al espadachín infame que... Pero, ¿ de veras ha escapado ése también sano y salvo?

— En absoluto, señor. El fuego es su elemento. Ya de niño hubo de encontrarse en uno, y de entre las llamas salió indemne.

— ¡ Ah, si hubiera estado allí Rolando de Nemours! pensó en voz alta el rey.

El mago rojo movió la cabeza.

— Allí estaba, señor... es decir, estaba el hombre que se adorna con plumas ajenas. Porque ése tal no es Nemours, ni Armañac, sino el hijo de un buitre;

una mentira viviente que arrastra en el fango el nombre que ha robado.

— Yo he hecho á ese Rolando primer gentilhombre de mi cámara; — dijo el rey.

— Como el Parlamento lo hizo conde.

— Y duque.

— Como la augusta Catalina va á hacerlo marqués

— ¿Marqués?

— En cuanto sea esposo de la Villanueva-Marsan.

— ¡Cállate descreído! No es posible que Rolando me traicione casándose sin mi consentimiento.

— Equivocado andáis, señor; — se atrevió á decir el mago. -- El asunto está, por el contrario, muy adelantado.

Durante un momento, Enrique III ocultó la cara entre sus manos.

— ¿Se procurará hacer el vacío en torno de mi persona? — pensaba. — ¿Se habrán propuesto arrancarme uno á uno todos mis amigos?

Luego de un momento de silencio, el mago rojo pronunció lentamente estas palabras:

— Los príncipes que aman, se hacen amar á su vez.

El rey le miró sorprendido.

— Supongo que no es en ese mamotreto del Corán donde has encontrado ese aforismo; — dijo con desdén. — Muchas veces me he preguntado si eres en realidad un musulmán, como aseguras.

— Los cristianos, — contestó secamente el mago — tienen la costumbre de mentir confiados en la absolu-

ción de su pecado, que no dejarán de reclamar. Yo no estoy en ese caso.

— ¡Basta! Para detestar y calumniar á mi madre como tu lú haces, preciso es que estés vendido al lorenés... ó tal vez al bearnés... Y si en realidad perteneces al marido de mi hermana Margarita, también debes vilipendiar á Villequier. En fin, lo cierto es que no sabemos á punto fijo quién eres tú, enemigo de la fé, ni tampoco el porqué procuras defender con ineptas frases á aquellos que mi justo resentimiento quería castigar.

El velo rojo impedía afortunadamente al rey ver la cara de su nigromante; de no ser así hubiérase estremecido al observar el sangriento reflejo de su mirada.

— Yo no pertenezco á nadie más que á vos, señor; — contestó sin embargo Mammouth con voz que se esforzaba en hacer tranquila. — Puesto que me acusáis de calumniar á la gran Catalina y al marqués de Villequier, sabed que me he quedado corto al hablar de ellos. Tal vez me creáis si os doy la prueba indudable de que el más inocente de los prisioneros, aun hallándose como se hallaba bajo vuestra soberana protección, ha sido cobardemente atacado por unos cuantos asesinos y muerto por ellos en vuestro nombre.

— Un prisionero... ¿quién?

— Jacobo de Villanueva-Marsan.

— Tú deliras, amigo mío; — afirmó el rey incrédulo.

— Amnistiado por la señora de Médicis, el gran marqués se halla de vuelta en su Hotel.

— Un marqués falso, sí. Un inmundo personaje que

ha tomado su puesto para consentir el proyectado matrimonio de vuestro duque de Nemours con la Villanueva-Marsan. El verdadero marqués habríase opuesto á ese enlace; por eso es por lo que está, no en su Hotel, como creéis, sino aquí.

— ¿Aquí? — preguntó sobresaltado Enrique III mirando con terror en torno suyo. — ¿Dónde?

El mago rojo señaló con el dedo la otomana.

— Ahí; — dijo.

Instintivamente, el rey retrocedió con la butaca que ocupaba.

— ¿Ahí, debajo de esa piel... está Jacobo?

— Vos dudáis, señor, y yo pruebo; — dijo el mago.

De la mano extendida de este último brotó un rayo luminoso que fué á iluminar derechamente la boca del animal tendido en la otomana. La sorprendente proyección duró lo que dura un relámpago, pero fué lo bastante para que el rey se diera á temblar mientras sus dedos se crispaban convulsivamente.

— ¡Él! — murmuró. — ¡Qué profanación tan horrible! ¿Cómo han podido atreverse?... ¡El cuerpo de un cristiano con una carroña como mortaja! Pero yo haré decir misas en San Germán, y en San Pablo, y en Nuestra Señora, en todas las iglesias... Y pensar que es mi madre ¡oh! y también Villequier quienes... En rigor, fácil me sería hacer condenar á mi madre, pero ¡qué funesto ejemplo! Cuanto á Villequier, yo creo que un dogal le sentará bien; su cuello parece hecho para semejante adorno. Pero ese hombre me era útil; ¿con quién reemplazarlo?

— En las galeras, señor, sólo mueren los débiles; — dijo Mammouth. — Jacobo de Armañac vive todavía.

Aunque esta frase fué más bien murmurada que dicha, el rey hubo de oirla y comprenderla porque hizo observar:

— Ese hombre fué un insumiso, si mi memoria no me engaña.

— Puede revivir Jacobo de Villanueva...

— Ahí tienes un sortilegio imposible; — dijo el rey.

— Nada hay imposible para Allah.

— Vuelvo á repetirte, descreído, que no quiero oír nombrar á ese personaje. ¿Por qué no le dices que resucite también á mi pobre du Gaz?

— ¡Quién sabe!

— Y que devuelva á Maugiron el ojo que se tragó luego un gato.

— No, eso sí que no, señor. El ojo de Maugiron está perdido definitivamente.

— ¡Qué lástima! — murmuró el rey. — En fin, — siguió diciendo — volvamos al motivo de mi venida á este sitio... en el que no esperaba por cierto encontrar al pobre gran marqués. Por mucho tiempo que pase no se me olvidará fácilmente la horrible visión. Era un noble súbdito, cuyos antiguos y leales servicios olvidé con demasiada ligereza.

— Sí, era espejo de caballeros y la fidelidad personificada.

— ¿También tú sabes eso? ¡Qué cerebro el tuyo! ¿Y qué te parece, consentirá en enterarme de lo que deseo saber, sin guardarme rencor?

— El hombre, la materia, hubiera tal vez podido resistir; pero el espíritu tiene que obedecer. ¿Cómo ha de resistirse á mi influencia, cuando por dos veces se ha sometido ya esta misma noche á voluntades que están lejos de ser tan poderosas como la mía?

— ¿Dos veces ya, y en esta misma noche? — preguntó incrédulo y burlón Enrique. — ¿Has asistido acaso á esas conferencias?

— En espíritu no más.

— ¿Es decir, que con los ojos del espíritu, has visto á través de muros, de pasillos y de habitaciones cuanto aquí ha ocurrido? En ese caso, dime, ¿quién hizo hablar al muerto?

— Abou Nadarah por la reina madre, y Salem Kebir en nombre de vuestro canceller.

— ¡Qué oigo! ¿El astrólogo del hotel de Soissons se ha introducido en este palacio?

— Con la gran Catalina, poderoso señor.

— ¡Mi madre! ¡mi madre en el Luvre! ¡Eso es imposible, y tú pretendes engañarme!

— Digo lo que es; — afirmó el mago. — La gran Catalina, lo mismo que vos, señor, y como el ministro, ha querido conocer su horóscopo. Precisamente para procurarse un *medium* de primer orden, un hombre muerto de muerte violenta y profanado su cadáver como se indica en un argumento secreto de la *Cábala*, es para lo que hicieron asesinar al gran marqués, dando además orden de coserle en esa piel preparada de antemano. Y el sacrilegio habríase agravado aún más sin la intervención del señor de Bervic, porque existía el

propósito de colgar la piel del perro y el cadáver contenido en ella, en una de las horcas de Monfaucon.

— ¡Es inconcebible, — exclamó Enrique, — de todo punto inconcebible, y prefiero no creerte para no verme en el caso de castigar con dureza! No; lo que debe haber ocurrido es que Villanueva trataría de escaparse y dió por desgracia suya con una banda de rufianes ocupados en robar la fragua del Castillo de Vincennes, que lo mataron creyéndole un enemigo, y que procuraron después desembarazarse de su cadáver. Esta versión mía es menos romántica, menos interesante pero sin duda más próxima de la verdad que lo es la tuya. Otra cosa. Puesto que has podido ver á distancia lo que aquí hicieron tus dos colegas en brujería, debes haber oído también lo que se dijo.

— No, señor; para eso me hubiera sido necesaria la ayuda de una vidente como Fiamma, la protegida de Salem.

— ¿De modo que no has oído una sola palabra del horóscopo de mi madre ni del de Villequier?

— Lo único que he visto y observado es la perturbación de ambos. Parecían locos.

— ¡Qué disparate! Una Médicis no se afecta nunca hasta ese punto.

El mago insistió.

— La gran Catalina estaba en un estado de extrema agitación al salir de este gabinete. Gemía y pronunciaba palabras incoherentes, y las lágrimas que nublaban sus ojos la impedían ver su camino. Tengo para mí que habríase dejado caer en los peldaños de la esca-



lera si no se hubiesen apresurado á sostenerla los dos bravos que la acompañan de ordinario en sus expediciones secretas.

— ¡Por la santa misa! murmuró Enrique. — ¿Qué enormidad desagradable ha podido oír para ponerse en tal estado?... Luego continuó. ¿Y Villequier?

— Haced hablar al alabardero que montaba la guardia á la puerta de su despacho cuando él salió. Ese hombre os dirá que el canciller, que parecía loco, con los ojos desorbitados y ademanes descompuestos, le tropezó con tal violencia que cayó sobre su alabarda, cuya moharra se rompió á consecuencia del golpe.

— ¡Hum... mal presagio es ese! ¿No puedes decirme, — continuó Enrique — hacia qué lado del palacio se dirigía el canciller?

— Hacia la puerta que da á los jardines, señor.

— ¿Había fuego en su Hotel?

— No, pero en él hay algo más precioso para el señor de Villequier que el Hotel mismo.

— ¿Y ese algo es?...

— La señorita Yannie de Goulaine, su pupila.

Enrique III hizo un gesto despreciativo.

— ¡Bah, una mujer!

Esta idea le exasperaba.

— Lo cierto es, — dijo — que todas esas consultas macabras aquí, en este sitio, constituyen un insulto á mi persona. ¿Es acaso que han tomado mi palacio por una sucursal del infierno? ¿Y el hecho de que yo tenga un mago obliga á los demás á imitarme y á tener cada cual el suyo? Pues no, señor. Ya se han acabado

los malditos sortilegios. Forzar el curso de los acontecimientos y pretender sondear lo insondable, es insultar á Dios. Nada de sacrilegios. Con ayuda de vuestros medios demoniacos se cometen verdaderos crímenes que no estoy dispuesto á tolerar por más tiempo. No sé quién me ha dicho que Renato el Perfumista atravesaba los ojos de un hombre vivo al atravesar los de una imagen de cera... Basta, basta ya de brujos y de brujerías por Dios bendito. Colgados serán los que me desobedezcan, y si es preciso haré emparedar al mismísimo Satán. ¡Ya haré yo que la gente aprenda á conocerme!

Mammoth impasible, silencioso, contemplaba al rey con desdeñosa conmiseración. Enrique habíase animado y la palidez mate de su semblante trocábase por momentos en la coloración violenta que denuncia las grandes emociones.

— Respetado señor, — propuso el mago rojo con voz en la que vibraba la ironía, — ¿debo acompañaros?

La mirada de Enrique perdió otra vez su brillo, porque involuntariamente acababa de detenerse en el cadáver, y de nuevo la palidez invadió sus mejillas. Con timidez casi infantil preguntó á su terrible interlocutor:

— ¿Se ha cerrado acaso el libro del destino?

— Acabáis de prometer la muerte á quien se atreva...

— Esa prohibición, estúpido, no nos alcanza á nosotros; — dijo airado Enrique. — Sólo concierne á los demás. Pues no faltaba más sino que un rey no tuviera ciertos derechos... Conque ya lo sabes; quiero

conocer la suerte que le está reservada á mi primo el de Guisa, y la que me está reservada á mí.

— Pues ved, señor; — dijo Mammouth extendiendo la mano derecha con la palma hacia adelante, en la cual aparecía ajustado uno de los discos metálicos de que hablamos antes.

De pronto, como si sirviesen de telón á una invisible linterna mágica, los ojos vidriados del cadáver se hicieron fosforescentes.

— ¡Es Guisa! — gritó el hijo de Catalina estremeciéndose á la vista del inesperado fenómeno; del que producíase en el ojo izquierdo, en el que acababa de aparecer el retrato del duque de Guisa.

— Cualquiera diría que mi primo está muerto, — añadió el rey, mirando con avidez. — Pero ¿qué veo? Otro retrato en el ojo derecho... Ese es Loignac, le reconozco...

— El asesino del retratado en el ojo izquierdo; — exclamó el mago.

— Lo cual quiere decir, — concluyó alegremente Enrique III, que mi primo el de Guisa morirá á manos de Loignac; ¿no es eso? Pues por la santa misa que he de hacer capitán á ese gascón... Bueno; pues ya han desaparecido esos retratos. Ahora soy yo quien está á la derecha... Un fraile; si, es un fraile, un dominico...

— El futuro regicida, señor; — murmuró la voz opaca de Mammouth el rojo.

— Un re... gi... ci...

No pudo Enrique terminar la frase. Sus pupilas desaparecieron, perdiéndose detrás de los párpados; batió

el aire con los brazos, é incapaz de sostenerse, dejóse caer como una masa en la butaca que ocupara poco antes. Había perdido el conocimiento.

— ¡Raza lamentable y degenerada! — exclamó Mammouth con gesto de desprecio. — Y es este chisgarabís afeminado, podrido de vicios, quien por derecho de nacimiento tiene á su cargo la dirección del pueblo más bravo y caballeresco del mundo... ¡Qué vergüenza, señor, que vergüenza! Esperemos que Dios querrá ayudarme en mi misión de saneamiento, que es misión santa entre todas.

Dicho esto, el mago pasó varias veces sus manos á poca distancia del rostro de Enrique, desapareciendo enseguida la contracción de los músculos; todos los rasgos fisionómicos recobraron el aspecto de serena calma, y la respiración, anhelosa y entrecortada poco antes, se hizo tranquila y regular.

Cubrió enseguida el mago la otomana con la tela acedada, y yendo á la puerta, llamó en voz alta luego de abrirla:

— ¡Oficial!

Bervic esperaba en el extremo de la galería rodeado de algunos guardias reales. Acudiendo á la voz de Mammouth, precipitose en el gabinetito, retrocediendo enseguida asustadísimo.

— Pagano, — exclamó, — ¿has muerto al rey?

Mammouth se encogió de hombros.

— Tranquilízate, infiel, — dijo, — tu señor sólo está dormido, y bueno será no despertarle. Llama pues á tus hombres, y haz transportar al rey á sus habita-

ciones. Una vez en ellas que lo desnuden, y ponlo tú mismo entre las sábanas. Cuando lo hayas hecho, volverás aquí, pero solo.

— ¿Yo? ¿volver yo aquí?

— Orden de su majestad.

Estaba demasiado acostumbrado el capitán de Bervic á los reales caprichos del de Valois, para dudar de la autenticidad del que le anunciaba el mago. De ahí que, aunque á regañadientes, se apresurara á obedecer.

— Hasta ahora, oficial; — dijo el mago rojo cerrando la puerta tras de los hombres que conducían el cuerpo del desmayado Enrique.

Un instante después hallábase junto á la otomana. Entonces avivó la llama de la lámpara, y armándose de un puñal rasgó de arriba á abajo sin vacilación la piel del moloso que yacía sobre los cojines de aquella.

Entonces quedó al descubierto el cuerpo de un gentil-hombre, cuyos vestidos se hallaban manchados de grasa y de sangre y en el estado que es de suponer tras una larga encerrona en el horrible envoltorio.

No hubiera sido floja la sorpresa de nuestro amigo Chicot, el ocurrente antagonista de Sibillot, al reconocer en aquel personaje á su desgraciado adversario en el duelo del Prado de los Clérigos.

El cuerpo aquel, era en efecto el de Juan du Gaz, caballero de la Rougie; el mismo que cortejó activamente á Fiamma en el salón de la casa de las Miñonas; el mismo á quien derribó una imprevista estocada de Sed de Amor; el mismo en fin que Matraca paseara á lomos de su mulo oculto entre los trapos de Corto-

montel, desde el arrabal de San Germán hasta el castillo de Vincennes.

Era cosa verdaderamente extraña que aquel cuerpo trashumante, que llevaba ya cerca de cuarenta y ocho horas de inmovilidad casi cadavérica, no presentase ninguna de las apariencias de la muerte. Y no solamente no las presentaba, sino que bajo la epidermis manchada parecía circular una vida sobrenatural.

Sin duda el oriental esperaba encontrar el cuerpo de Juan du Gaz en vez del de Jacobo de Villanueva, porque no experimentó, en presencia del mismo, emoción alguna. Y sin duda también esperaba encontrarle en aquel estado de excepcional conservación, porque pensó en voz alta de esta manera :

— ¡Admirable trabajo! He aquí un hombre que debe gratitud eterna á Fiamma. El narcótico que ésta le vertió le hizo caer en el momento preciso; un segundo más tarde no habría podido evitar la punta de la espada de Bernardo... En fin, ya ha terminado la serie de las revelaciones sobrenaturales... Afortunadamente, porque este joven empieza á dar señales evidentes de próximo despertar. Y no es aquí precisamente donde debe volver á la vida, sino en el umbral de su casa, para que pueda creer que ha dormido de un tirón dos días y una noche, en caso de que conserve algún recuerdo de la bebida que le administró Fiamma.

La vista de un hilo de sangre que salía de la manga derecha del pseudo muerto, hubo de arrancarle una exclamación de sorpresa.

— ¿Qué significa esto? — dijo.

Introdujo luego con viveza su mano en la abertura de la sobreveste, y la retiró al punto manchada también de sangre.

— ¿Seré distraído? — murmuró sonriendo. — Ya había olvidado que el *rubdira-mandab* (1) produce siempre ese efecto... Se conoce que Fiamma cargó bien la mano...

Oyóse en esto rumor de pasos en la galería.

— Bueno, ahí está ya el capitán, — dijo el mago envolviendo el cuerpo de Juan du Gaz en la tela aceitada. — Su concurso me es indispensable para la representación de la última escena.

Bervic entró sin llamar. La frente del bravo aparecía surcada por un pliegue producido por la sorda cólera que experimentaba ante la influencia del brujo, que no le era dado evitar.

— ¿Á qué nueva y repugnante maniobra vas á dedicarme, hereje? — preguntó con tono imperativo.

— Escucha, y trata de comprender, — dijo Mammouth sin inmutarse. — Para complacer al señor rey es preciso que me ayudes á sacar de aquí esta carroña impura.

— ¿Su majestad ha exigido eso de mí?

— Antes de dormirse, me dijo de este modo : « Entiéndete, pagano, con ese bruto de Bervic...

(1) El Rubdira-Mandab es una serpiente de la India cuyo veneno fué empleado, durante largo tiempo, por la misteriosa asociación de los Thugs. Mezclado con bebidas alcohólicas produce un sueño letárgico contra el que no hay antídoto posible y provoca abundantes sudores de sangre.

— ¿Ese bruto?

— Como suena; el señor se hallaba nervioso, sin duda. Luego añadió : « Dile que te conduzca á las cuerdas en las que debe hallarse aún el mulo del rústico bearnés, y que luego, con el mayor sigilo, os haga salir del Luvre á los tres : al cuerpo, al animal y a tí... Arreglaos para que nadie pueda ni aun sospechar lo que es ese bulto macabro, y tened presente que si os prenden, seréis ahorcados el uno y el otro.

Bervic se inclinó en silencio. Parecíale haber oído hablar al rey en persona.

— El lorenés, — pensó — es menos brutal. Mucho ganaríamos todos, católicos y hombres de guerra, si el duque de Guisa lograra suplantar á Valois.

Luego, en voz alta, continuó :

— Señor mago, á estas horas todo el mundo duerme en los puestos; con hacer que se vuelvan de espaldas los arqueros de centinela, asunto concluido. ¿Debo ayudaros á llevar ese...

— No; yo puedo con él. Marcha delante.

Tomó Mammouth el cuerpo de du Gaz, lo echó sobre su brazo, como si se tratara del de una criatura, y enseguida lo cubrió con los pliegues de su amplio y rojo manto.

Pocos minutos después, el mago rojo con su carga salían del Luvre á lomos del modesto mulo de Matraca.